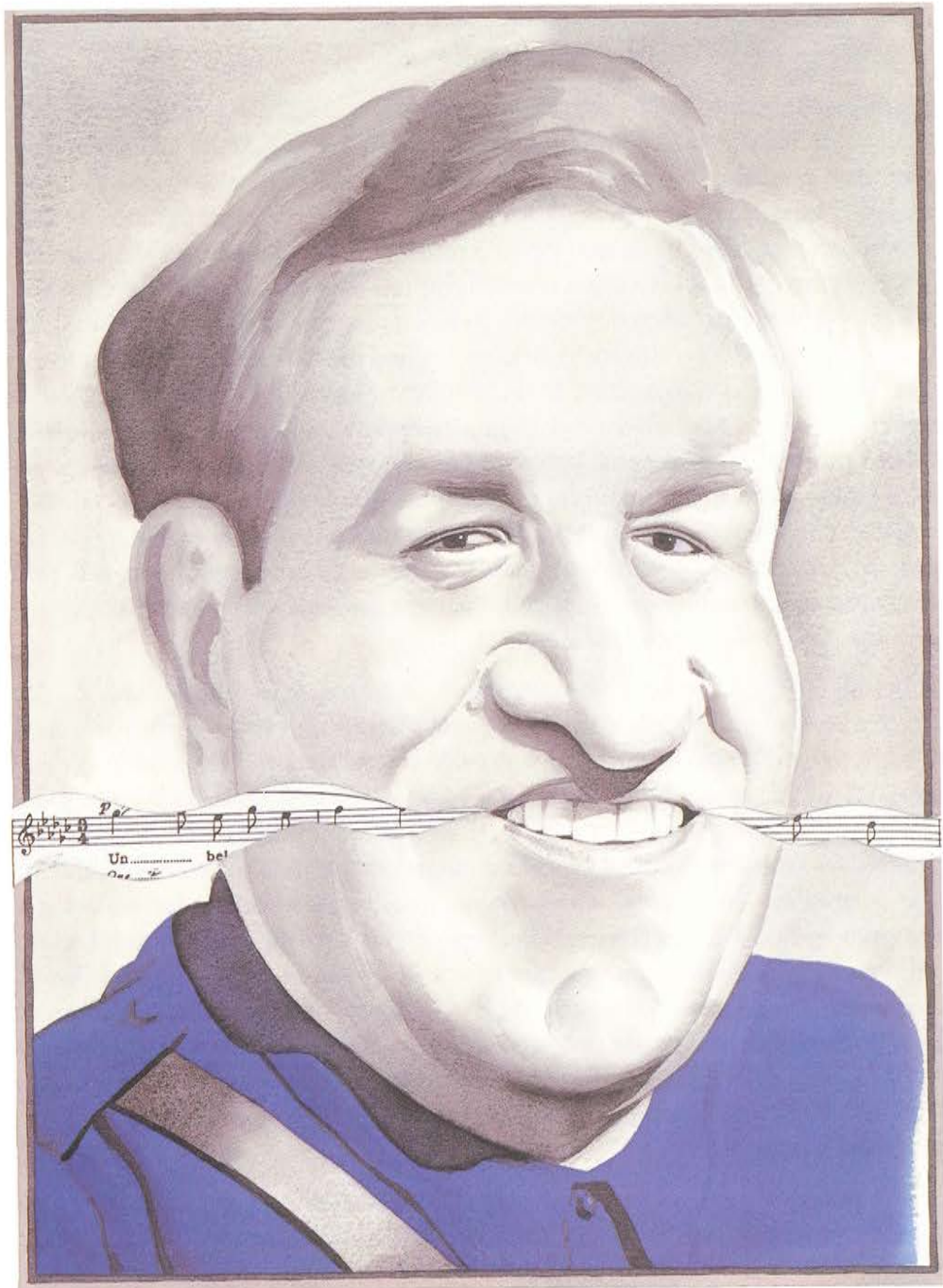


ARIA TRISTE PARA MIGUEL FLETA

Miguel Burro Fleta fue el milagro de una mujer resuelta que creyó en su voz varonil y aterciopelada. Cuando le vio aquel tórax anchuroso y oyó aquella garganta que vibraba por los corredores y los camerinos del Conservatorio, Luisa Pierrick barruntó que estaba ante un diamante sin pulir, ante una fuerza de la naturaleza cuyos límites eran insospechados. Vio sus callosas y gordas manos, la ropa anticuada de labriego, su arrogancia juvenil, el cabello hirsuto, y no dudó en decirlo: «En el aula de las chicas queda una plaza vacante. No tengo ningún inconveniente en que ingrese en mis clases». Luego, cuando le preguntaron qué había visto en aquel mozalbete rudo e hísido, contestó: «Tiene una voz de carne y de sangre».

No se equivocó. Lo transformó mediante un laborioso aprendizaje. No se contentaba sólo con las lecciones ordinarias, sino que lo convirtió en su protegido. Le enseñó idiomas, cantos religiosos para aclararle la voz de impurezas, repertorios de ópera, ortografía y caligrafía. El cantante recorría escalas, dominaba la respiración, multiplicaba las dificultades. Luisa le explicaba en qué consistía la trama sentimental, le desmenuzaba cada situación y el carácter de los héroes. Lo enfrentaba a un espejo para que controlase la dicción, los gestos, la teatralidad. Así, durante semanas de intensa preparación, fue accediendo a los intersticios vedados de su intimidad. Supo de su infancia en Albalate de Cinca (Huesca), de sus noches de pánico camino del abrevadero, mientras guiaba las caballerías. Lo oyó hablar de Vicente Burro, su padre, y del orfeón insólito que había instalado en su minúscula cafetería. Cantaba con buen gusto y era un buen intérprete del cornetín, la ocarina, el requinto, el acordeón y la guitarra. Su biografía de zagal zaherido por la pobreza la estimuló aún más. Sus hermanas lo invitaron a trasladarse a Zaragoza. Allí, perdido en medio de grandes extensiones de cereal de Cogullada, torres muradas con palomares y cañaverales, serenatas y coplas de siega, transportaba desde las cuatro de la mañana frutas y hortalizas al mercado. Se levantaba con el trino de la calandria y apareaba las caba-



llerías. Le apasionaban los atardeceres, con aquellos celajes diáfanos y una mancha de azul de océano y de grana, en un tiempo en que soñaba con casa propia al otro lado de la vía, una finca de higueras y de albérchigos, y una manada de alanos. Le habló del jotero Miguel Asso; él, tras su padre y el párroco Don Cosme, que lo encerraba en el patio de su casa, fue su primer maestro.

El aprovechamiento de los estudios fue admirable y su relación profesional derivó hacia el amor. Luisa estaba casada y separada de su marido. Tenía diez años más que Miguel, mas poseía un encanto espiritual. La cara era redonda, los ojos claros y el cuerpo algo pesado; pero flexible, voluptuoso, refinado. Durante algunos años había actuado como soprano, hasta que decidió retirarse entre las paredes del Conservatorio. Fleta compaginaba las clases con un empleo de mozo de almacén. En su casa surgieron los primeros recelos. Vicente, su hermano, desconfiaba de Luisa. Consideraba que su interés excedía los desvelos ordinarios de una profesora e intuyó la pasión, el encuentro clandestino, el dichoso abandono de los cuerpos que se reconocen en lo oscuro. Miguel se mudó a una pensión y al poco tiempo embarcó hacia Italia. Los promotores aún no se habían olvidado de Luisa. Recorrió agencias, acudió a viejos amigos, llamó a multitud de puertas para que le diesen una oportunidad a su protegido. Y la tuvo. Le concedieron un importante papel en la ópera *Francesca de Rimini* de Zandonai, que se representaba en Trieste. El compositor, tras una primera audición, se quedó estupefacto: «Hoy ha nacido un gran tenor. Tiene la voz de oro que he soñado para mi Paolo *il Bello*», dijo.

El debut, en 1919, fue un éxito inolvidable. El marco de la representación, idóneo. Trieste era una ciudad íntima y marítima, azotada por un viento perfumado de algas y de gaviotas, arrodillada entre los peñascos del Adriático. Había cafés elegantes, bohemios que paseaban entre los navíos y las plazoletas, librerías de arte y restaurantes de pasta, con mesas al aire libre. El público se quedó cautivado por aquella voz perlada y vigorosa y por el sentido dramático y pasional que imprimía a su personaje. ¿Cómo era en realidad aquel canto, aquel impulso bravío de sílabas y notas que impresionó en Trieste? Los espectadores creyeron asistir a un temporal, al rugido de un oleaje imprevisto de galerna que rompe los malecones, los muelles, los mástiles dormidos. Luego, con la suavidad de la resaca, en medio del estertor postrero del céfiro salobre, oían la dulzura del agua que caía desde los canalones, el zarceo de unos pasos sobre los charcos. Y al final, en un ámbito translúcido de bonanza, sólo atisbaban brillos, un rumor lejanísimo, el dolor del enamorado que ha perdido a su amada en el naufragio.

Aquel primer triunfo se vio acompañado del primer hijo de la pareja. Luisa era una mujer extraordinaria. Sutil, astuta y rigurosa. Implacable en sus lecciones, pero metódica, maternal. Mimaba al cantante y analizaba cada uno de sus registros. Lo sometía a descansos prolongados en el lecho o le preparaba infusiones de hierbas aromáticas cuando le amenazaba una afonía. Era capaz de introducirle en sutilezas

artísticas que hacían más original su entonación. Se trasladaron a Milán. El renombre del tenor se había dilatado por todo el país. Ingresó en una compañía italiana y viajó por Europa. Lo esperaban Viena, Budapest, Praga. En la capital austríaca le costó triunfar, pero lo consiguió con *Tosca* de Puccini. Esta ópera, y especialmente el tercer acto, será su talismán. Acudirá a ella en los momentos de incertidumbre. Hechizó al público. Por entonces, en 1920, se hallaba en Viena Giacomo Puccini y alguien le había dicho que Fleta cantaba de un modo poco ortodoxo la última canción. El compositor acudió al teatro y, tras oír el concierto, quiso saludarlo. En un momento de la conversación, le preguntó por su osadía. Miguel se quedó mudo, pero Luisa adelantó unos pasos y explicó: «De ese modo, le otorga a la pieza toda la apasionada languidez del personaje». Al músico, conmovido, le pareció una idea excelente y le dijo que él sería el protagonista de su próxima creación: *Turandot*, que ya tendría carácter póstumo porque Puccini falleció de un cáncer de laringe unos meses antes de su estreno en 1926. La acogida en Praga fue excepcional. Lo perseguían para que firmase autógrafos, lo izaban a hombros por las calles y lo paseaban en las lanchas del río Moldava. Su interpretación de *Rigoletto* fue un inventario de aciertos; a finales de ese año, en un invierno húmedo de inundaciones y melancolía, cantó *Carmen* de Bizet en Venecia. Su encarnación del Don José sería una de las más logradas de su trayectoria. Ofrecía el mismo aire borrascoso, idéntica fiereza de genio. Llevaba la faja anudada a la cintura, las manos estrujaban el puñal y los ojos le chispeaban de sensualidad y de ira. Eran los ojos de un atormentado por amores imposibles. Fleta solía pasear por la Plaza de San Marcos, rodeado de palomas y cúpulas; se metía en los pórticos o buscaba la intimidad del Café Florián. Se entretenía por las calles reducidas o contemplaba el paso mortecino de las góndolas sobre el agua. A medianoche, tras una actuación, acudía a los patios iluminados de los palacios y observaba los brillos nocturnos sobre el Gran Canal, los farolillos del Puente Rialto o aquella mansión imponente donde había morado Wagner. Sus galas llegaron a oídos del pintor Mariano Fortuny, quien lo fue a ver al Teatro del Fenice y le mostró algunos de los secretos de la ciudad inundada: la Giudeca, los crisantemos desolados de San Michelle o los paisajes de Giorgione.

Nada ni nadie podía detener su ascenso. Un escalofrío de cuerdas vocales estremecía la brisa húmeda de la vieja Europa. Miguel Fleta se había convertido en una figura de renombre universal. Las suspicacias no tardaron en producirse; en algunos diarios arremetían contra su mujer. Un matutino imprimió este párrafo cargado de veneno: «Fleta canta con su voz y con el cerebro de su mujer». En el fondo tenían algo de razón. Miguel era un gañán vehemente, un joven apuesto y viril, hambriento de gloria, que poseía un talento incomparable, pero incapaz de entenderse a sí mismo. Luisa lo había disciplinado, lo había ayudado a seleccionar el repertorio y lo mimaba con idolatría. Era su dios, el objeto divino que la redimía en sus fracasos y en su condición de hembra ardiente. El ángel cantor cuya boca encierra la música del alma y el lenguaje del deseo. Aunque pronto se revelarán en ella otros sentimientos

ajenos a la ambición o a la aparente frialdad. Fleta fue requerido para efectuar grabaciones y emprendió giras triunfales por América: por Buenos Aires, Nueva York, La Habana. Antes había podido actuar en el Teatro Real de Madrid donde alcanzó la consagración. El cantante y viajero por España, Lauri Volpi, dejó este retrato del aragonés: «Su voz cálida, ancha, aterciopelada, extensa y dúctil, era de aquellas que en la historia del teatro lírico se cuentan con los dedos de una mano y se oyen a intervalos de varios lustros; su voz única por cantidad, calidad y emoción entre todas las que he tenido ocasión de admirar hasta hoy entre todos los teatros del mundo». En una visita ocasional por los barrios más humildes de la capital, Fleta experimentó la indecible sensación de la felicidad más arrolladora. A medida que avanzaba, oyó un disco de su propia voz. Se reconoció en los violentos contrastes, en la delicadeza de los matices, en el hondo dramatismo de la modulación. Siguió caminando y aquella música se multiplicaba por doquier. Al menos de cinco o seis gramolas huía su voz como el gorjeo de un pájaro colosal, inflado de resonancias.

Su proyección era indiscutible. Cuando actuó en París hacia 1924, descubrió que existían sombreros, camisas y zapatos con su nombre, y hasta en los restaurantes se había creado el *helado Fleta*. Hemos perfilado los vaivenes de su personalidad: era nervioso, violento, anhelante, generoso, brusco y temperamental, pero también tenía sus pequeños secretos. Adoraba Zaragoza y retornó en 1925 con el recuerdo de su remoto fracaso como jotero en 1917. Tampoco desdeñaba los animales y llegó a tener una fauna doméstica de galgos, loros, monos y perros comunes.

La llegada de su segundo hijo trajo consigo una menor dedicación de Luisa a su compañero. Ya no viajaba con él del mismo modo. Fleta no se sentía tan atosigado y comenzó a renunciar a la gozosa esclavitud de aquel amor. Su arte perdió rigor y concentración, pero su vida íntima ganó libertad. Hollywood le ofreció un torrente de tentaciones y Fleta se abrazó a una de las más voraces: la actriz Bebe Daniels. Los consejos de su representante Luis Casaseca tampoco lo favorecieron en nada y poco a poco el tenor se dejó arrastrar hacia una existencia disipada y superficial de grandes gestos y de gigantescos gastos. Había cantado excepcionalmente *Tosca*, *Rigoletto*, *Romeo y Julieta*, *Turandot*, *Carmen*, *Aída* y *Marina*, entre otras, y había actuado en los recintos más importantes del mundo. Había arrastrado un torbellino de multitudes y aún no había cumplido los 30 años. Algunos lo comparaban con Enrico Caruso. Otros se acordaban de Julián Gayarre. La separación de Luisa Pierrick se hizo efectiva en 1926. Perdía no sólo el gran afecto de su vida, la dama abnegada que se había volcado con él, sino una parte de su conciencia, una huella de espiritualidad y el aldabonazo de inteligencia que había desencadenado su genialidad.

Desde 1927, Miguel Fleta inició un interminable descenso hacia el abismo. Se le declaró una laringitis aguda y se vio obligado a rescindir varios contratos en el Metropolitan. Perdió parte de su timbre sedoso. El encuentro en Salamanca con la belleza racial, morena y garbosa, de la joven Carmen Mirat aliviaría sus fatigas. Contrajeron

matrimonio en ese mismo año. Algunos meses más tarde recuperó la voz, aunque ya nunca sería la de antes. No obstante, seguía siendo incomparable, sensual, profunda. Inició una gira por Japón, China y América del Sur con importantes éxitos. Entretanto, durante la proclamación de la II República, portó la bandera tricolor con otros amigos y grabó el *Himno de Riego*. Tal vez uno de los momentos de mayor emoción de su carrera sucedió en un recital en Niza. Allí, en la quinta de Villefranche-Sur-Mer, residían Luisa y sus dos hijos con toda discreción. Durante la actuación, Luisa ocupó un palco y lo miró como antaño: con aquel instinto de protección, con aquella vehemencia de enamorada. Dicen que no pudo soportar la emoción y que se desmayó. Lo vio encorvado, con los hombros hundidos, mucho más grueso y notablemente envejecido. Creyó que era una sombra de lo que había sido. El espejismo de una grandeza desmoronada. Su carrera no atravesaba el mejor momento. Inexplicablemente había entrado en el ocaso y empezaba a notar el agobio de las deudas. Era un hombre arruinado que sufría arrebatos de melancolía y que se había tenido que enrolar en una compañía de zarzuela. Se había mudado de la ostentosa villa Fleta a un piso más humilde y una estampa luctuosa le amargó sus últimos años: su tío Anastasio, administrador de sus bienes, se suicidó al darse cuenta de que no podía detener la inexorable bancarrota de su patrimonio. Uno de sus exégetas aprecia que entonces «Fleta se destruye a sí mismo como artista».

Aseguran que el propio José Antonio Primo de Rivera lo convenció para que ingresase en la Falange. Cuando estalló la Guerra Civil, tenía cuatro hijos y el ánimo fatigado. Sufría insomnio y aborrecía su sino. Había pasado del olimpo de la inmortalidad a las regiones de la más absoluta miseria. Se trasladó a La Coruña y colaboró fugazmente en las campañas de propaganda falangista: repartía octavillas y periódicos, cantaba en los hospitales, acompañó a Franco y a Queipo de Llano en algún discurso. Vivía en los alrededores de la torre de Hércules, frente al Atlántico irisado de neblinas en un chalet antiguo, escondido entre árboles frutales y una fronda de pinares. Algunos de sus biógrafos dicen que llegó a interrogarse: «¿Dónde me he metido yo?».

Falleció a consecuencia de una uremia en mayo de 1938. Pidió que lo envolviesen con el uniforme azul como único sudario. Fue el último ritual de un labrador doliente que no había digerido la celebridad. Lo enterraron en una tumba anónima del viejo cementerio que mira los buques que van y vienen de ultramar, mientras una niña sombría lloraba los desdenes de un ingrato galán. 